

REVISTA DE LIBROS

El error de Descartes, de ANTONIO R. DAMASIO. BARCELONA, GRIJALBO-MONDADORI, 1996, 275 pp., 2.950 PTS.

Éste es un libro fascinante. Está escrito por uno de los más prestigiosos investigadores actuales en neurofisiología. Su tema es, a primera vista, estrictamente científico: proporcionar un modelo sobre la estructura y el funcionamiento de ciertas capacidades cognitivas que se ajuste a ciertos datos empíricos, tanto evidencias clínicas como descubrimientos neurofisiológicos. A partir de las evidencias empíricas, que son minuciosamente detalladas, Damasio construye un poderoso argumento para su hipótesis. La plausibilidad del modelo parece estar en estricta tensión con ciertos supuestos filosóficos sobre la mente, la relación mente-cuerpo (o la relación entre el cerebro y el-resto-del-cuerpo), las emociones y la racionalidad que podemos denominar “cartesianas”. Por supuesto, si Damasio está en lo cierto, hay muchos modelos materialistas que reproducen aspectos esenciales de la concepción cartesiana.

Comencemos con los datos. El libro empieza con la historia de Phineas P. Gage, un capataz de la construcción cuyo cráneo fue atravesado por una barra de hierro en un accidente laboral en Estados Unidos a mediados del siglo XIX. No sólo nuestro hombre no murió, sino que el accidente no tuvo, a largo plazo, secuelas que afectaran sus capacidades cognitivas de un modo relevante. Sin embargo, hubo un cambio completo de personalidad. El eficiente, activo y honrado trabajador se convirtió en un ser asocial, impredecible e incapaz de planificar su vida a largo plazo y establecer vínculos sociales coherentes y estables. La investigación minuciosa sobre los restos del cráneo de Gage parece demostrar que la zona crucialmente dañada en su cerebro habría sido la región ventromediana del lóbulo central. Otras zonas del lóbulo, por ejemplo, las cortezas de la cara lateral relevantes para el control de la atención o para realizar cálculos abstractos no habrían resultado afectadas. La capacidad psicológica que había resultado perturbada era cierta capacidad emocional. Pero tal capacidad está asociada con esa zona del lóbulo frontal en la medida en que tal zona integra complejísima información sobre el resto del cuerpo. En otras palabras, la mejor manera de conceptualizar las secuelas psicológicas en el caso Gage, no es apelando a una extraña capacidad modular que rige la conducta social y el razonamiento práctico. La evidencia neurofisiológica es que la zona dañada integra información sobre reacciones corporales básicas asociadas a las emociones.

Damasio vincula la extraña historia de nuestro albañil con numerosos casos clínicos con los que ha tratado a lo largo de su carrera y con datos neurofisiológicos y evolutivos. Respecto a las patologías clínicas, una de ellas es la de sujetos cuya capacidad de razonar está bloqueada exactamente por su falta de vínculos afectivos con el objeto de su razonamiento. Sujetos con lesiones en zonas relevantes del cerebro tienden a ser incapaces de utilizar su capacidad de razonamiento para organizar de un modo coherente su vida cotidiana: pueden, por ejemplo, perder varias horas decidiendo

cuál es el momento más conveniente para concertar una nueva cita con el médico atendiendo a los más triviales detalles. Tales sujetos muestran, en pruebas independientes, una ausencia anormal de reacciones emotivas: son capaces, por ejemplo, de percibir imágenes horrorosas, entender su contenido y describir un contexto coherente para ellas sin inmutarse. Tales pacientes son incluso conscientes de su patológica particularidad y, sin embargo, incapaces también de utilizar ese conocimiento para llevar una vida en la que los fines a corto, medio y largo plazo se integren de un modo reconociblemente coherente.

Debemos evitar cuidadosamente una lectura sesgada de estos datos. No debemos leerlos como mostrando que la capacidad de razonamiento proposicional “puro” es insuficiente para organizar la vida humana. Más bien debemos leerlos, insiste Damasio, como mostrando que la susodicha capacidad es uno más de los mitos cartesianos. Un proceso real de razonamiento, sea o no sobre un asunto relacionado con intereses prácticos, exige un componente emotivo. Es imposible razonar sin decidir y es imposible, normalmente, decidir sin una reacción emotiva. De hecho, aunque éste es un aspecto en el que Damasio no insiste, cualquier lector familiarizado con la filosofía contemporánea de la acción sabe que uno de los mayores problemas es el de mostrar la conexión entre la racionalidad medios-fines (la coherencia de una decisión con otros fines que la justificarían) y la humanidad reconocible en el razonador: el hecho de que los fines últimos que le atribuyamos nos sean de algún modo inteligibles. Si Damasio tiene razón, esos dos aspectos de la racionalidad están estrechamente vinculados: la idea de un ser dotado de racionalidad medios-fines pero cuyos objetivos más generales nos fueran completamente ininteligibles sería, entonces, más incoherente de lo que a primera vista podría parecer.

La tesis psicológica de Damasio es que la facultad genérica de razonamiento proposicional está crucialmente vinculada a reacciones emotivas. La tesis filosófica a la que tales datos podrían apuntar es la de que debe haber algo incorrecto en cualquier concepción de la mente que no incluya entre las condiciones de posibilidad de la racionalidad un substrato de reacciones. El razonador puro, la entelequia de una maquinaria capaz de extraer conclusiones sin sentirse afectivamente vinculada a las alternativas consideradas podría ser incoherente. Por supuesto, Damasio es cauto a la hora de hablar del alcance de su hipótesis. Su modelo pretende ser un modelo adecuado de las capacidades psicológicas humanas. Ello no implica que no explore algunas de las consecuencias filosóficas obvias del mismo. El hecho mismo de que el modelo sea una posibilidad implica que no es creíble ninguna concepción de la mentalidad que aisle necesariamente las capacidades cognitivas superiores y el mundo de las emociones y los sentimientos.

El autor del libro proporciona una explicación evolutiva y neurofisiológica de estos datos previa a cualquier especulación filosófica. Los mecanismos de la racionalidad no pueden haber sido edificados evolutivamente como un mero subproducto de otros mecanismos básicos de equilibrio biológico. Han debido construirse a partir de estos últimos, pero contando con ellos. Las necesidades corporales fijan constantemente el camino que han de seguir las capacidades evolutivamente más recientes. La imagen que surge del modelo que se nos propone es la de sistemas de control biológico básico, íntimamente vinculados a la condición del cuerpo, que entran en contacto por medio de circuitos de retroalimentación con sistemas más flexibles y evolutivamente más recientes. El pensamiento abstracto depende esencialmente de lo que él denomina “representaciones neuronales” que transmiten información topológica sobre el cuerpo. El

pensamiento abstracto requiere una “imagen del cuerpo”. Un sistema tal de representaciones del cuerpo no es por sí mismo una mente. Un sujeto necesita más, necesita lo que Damasio denomina “marcadores somáticos”: un sistema básico de reacciones, muchas de ellas aprendidas, que fijan preferencias elementales y permiten un marco general dentro del que pueden empezar a funcionar los procesos cognitivos. Los marcadores somáticos son el sistema de reacciones emotivas que ha de darse por supuesto para que los procesos cognitivos sean posibles en absoluto. Damasio los define positivamente como “un caso especial de sentimientos generados a partir de emociones secundarias ... conectados, mediante aprendizaje a resultados futuros predecibles de determinados supuestos” (p. 166). La evolución y el aprendizaje individual fijan el contenido de tales marcadores. La asociación de un marcador somático negativo con un resultado futuro inconveniente o desagradable provoca una reacción en el organismo que a su vez puede afectar el proceso de razonamiento de formas muy diferentes. La evitación del efecto puede pasar a ser el fin del proceso de razonamiento, o simplemente la hipótesis que conduce a tal efecto ya no es ni siquiera considerada como una alternativa sobre la que razonar. La tesis de los marcadores somáticos es el núcleo esencial de la tesis de Damasio sobre el vínculo inextricable entre los procesos cognitivos y los procesos emotivos. Su función es exactamente dar cuenta del sistema básico de preferencias no racionales respecto al que cualquier proceso cognitivo es identificable como tal.

Como mínimo, las tesis de Damasio pueden leerse como un antídoto, desde los datos neurofisiológicos mismos, ante ciertas tentaciones filosóficas que han dominado la filosofía de la mente desde Descartes y que, en nuestros días, parecen vestirse de ropajes materialistas más a tono con el espíritu de los tiempos. Tanto la tesis de la conexión inextricable entre las capacidades cognitivas y las reacciones emotivas, como la tesis de que nuestra mente sólo puede operar a través de circuitos neurofisiológicas que aportan “información” sobre nuestro cuerpo, nos obligan a considerar que los mecanismos neurofisiológicos que subyacen a nuestras capacidades superiores son menos modulares de lo que muchos filósofos tienden a suponer. De hecho, es el estado global del organismo animal que somos el que instancia una determinada capacidad mental “superior”.

J.L. Prades

Dpto. de Filosofía y Lógica, Universidad de Murcia

E-30071, Murcia, España

E-Mail: jlprades@fcu.um.es